

El riesgo de los demás.

La hipocresía de la patronal y el mito del empresario heroico.

1. Las condiciones del púlpito.

Hay una escena que se repite en cada foro económico, comida de gala o comparecencia de un representante de la patronal. Un hombre trajeado, con voz grave y gesto de estadista, sentencia: "Los empresarios somos los que arriesgamos, generamos empleo, creamos riqueza y sostenemos el país. Sin nosotros, esto se hunde". La sala aplaude, los medios lo reproducen y el mensaje cala: el empresario es un héroe, un aventurero del capital que merece privilegios porque se juega su patrimonio.

La tesis de este ensayo es que ese discurso es una hipocresía calculada. La patronal y la gran empresa no arriesgan, están protegidas por el Estado, blindadas por la herencia y sostenidas por la explotación de quienes sí arriesgan de verdad, los trabajadores.

El mito del riesgo empresarial es la coartada moral que justifica una desigualdad que ya no se sostiene ni con la meritocracia tradicional. Es el nuevo opio del privilegio.

2. La herencia invisible.

El primer pilar de la hipocresía es la herencia. La mayoría de los grandes empresarios españoles no empezaron de cero. Heredaron capital, contactos, formación y, sobre todo, la estructura de poder que les permite seguir acumulando.

El economista Thomas Piketty demostró que, en las economías avanzadas, el rendimiento del capital supera al crecimiento económico, lo que significa que los que ya tienen riqueza la ven crecer más rápido que los que solo tienen su trabajo.

En España, las grandes fortunas se transmiten casi libres de impuestos en muchas comunidades autónomas. El impuesto de sucesiones, que debería ser un mecanismo de redistribución, está bonificado al 99% en Madrid y al 100% en algunas regiones. El hijo del dueño de una constructora no arriesga lo mismo que el hijo de un albañil. El primero hereda una empresa, una red de contactos y un patrimonio que le permite absorber pérdidas durante años. El segundo hereda una caja de herramientas y la obligación de vender su fuerza de trabajo. Llamar "riesgo" a esa diferencia es una obscenidad.

3. El Estado como socio silencioso.

El segundo pilar es el Estado. El empresario que se presenta como un héroe solitario contra el mercado olvida mencionar que el Estado le ha allanado el camino. Y no solo con subvenciones directas o deducciones fiscales. El apoyo es mucho más profundo y mucho más invisible.

Pensemos en la formación de los trabajadores. Las universidades públicas, la formación profesional y los centros de investigación son financiados con impuestos. Forman a los ingenieros, técnicos, científicos y administrativos que luego trabajan en las empresas. El empresario recibe un personal cualificado que no ha pagado. La empresa se ahorra el coste de formar a sus empleados. Y luego, cuando necesita recortar, despide a esos trabajadores formados con dinero público y contrata a otros más baratos. La subvención invisible se renueva cada generación.

Pensemos también en el conocimiento. Las universidades y los centros de investigación públicos generan ideas, patentes y tecnologías que luego son explotadas por empresas privadas. Los resultados de la investigación financiada con fondos públicos se licencian a precios que no cubren ni el coste de la investigación. Y las empresas que explotan esas patentes se llevan los beneficios. El caso del CSIC es paradigmático, porque en 2024 firmó 1.847 contratos de transferencia por valor de 41 millones de euros, una cifra relevante pero mínima si se compara con los 1.300 millones de financiación global. El contribuyente paga la investigación y la empresa se queda con el negocio.

Y pensemos, por último, en los servicios tecnológicos. Los centros tecnológicos, financiados en buena parte con fondos públicos, ofrecen a las empresas servicios de I+D aplicada a precios muy por debajo del coste real. Son, en la práctica, departamentos de innovación subvencionados. Las empresas que los utilizan se ahorran el coste de montar sus propios laboratorios. Y cuando el centro tecnológico cierra o reduce su actividad, las empresas que dependían de él se quedan sin su "socio silencioso".

La conclusión es clara: el "riesgo" del empresario es mucho menor de lo que pregona porque el Estado ya ha socializado una parte enorme de los costes. La formación, el conocimiento, la innovación y los servicios tecnológicos están financiados con impuestos. El empresario que se presenta como un héroe solitario es, en realidad, el beneficiario de un ecosistema público que le proporciona las condiciones para competir sin pagar el precio completo. Y mientras tanto, la patronal pide menos impuestos y menos regulación, pero no renuncia a una sola subvención, ni a una sola infraestructura, ni a un solo trabajador formado con dinero público.

4. La explotación como base del beneficio.

El tercer pilar es la explotación. La competitividad de la gran empresa española no se basa en la innovación, sino en los salarios bajos, la precariedad y la externalización de costes. Los datos son elocuentes. La brecha salarial entre directivos y trabajadores en las empresas del IBEX 35 es de las más altas de Europa. Un consejero delegado gana de media 80 veces más que un empleado raso. Y mientras los directivos se reparten bonus millonarios, los trabajadores encadenan contratos temporales, jornadas parciales no deseadas y salarios que no cubren el coste de la vida.

La patronal pide "flexibilidad" y "desregulación". Es decir, más facilidad para despedir, más precariedad y menos derechos. Y cuando los trabajadores protestan, la patronal los acusa de no querer trabajar y de ser unos privilegiados. El empresario que se presenta como un héroe que arriesga su patrimonio no menciona que su beneficio se construye sobre el riesgo de los demás, el de perder el empleo, no llegar a fin de mes o enfermar sin baja.

5. El discurso del mérito como coartada.

El cuarto pilar es el relato. El empresario no solo hereda, recibe apoyo público y explota, sino que, además, se presenta como el artífice de su propio éxito. Es el mérito, no la cuna. La ideología del emprendedor como héroe contemporáneo. Y ese relato cumple una función precisa, la de legitimar la desigualdad y desactivar la crítica. Si el empresario es un héroe, el que no triunfa es un fracasado. Si el que arriesga merece lo que tiene, el que no arriesga no merece nada.

Las organizaciones empresariales, las cámaras de comercio y los medios afines repiten ese discurso hasta la náusea. "España necesita empresarios valientes", "el emprendimiento es la salida de la crisis", "los jóvenes deben ser emprendedores". Todo ello mientras las condiciones laborales se deterioran, los salarios se estancan y la movilidad social se bloquea. El mérito se convierte en una lotería en la que siempre ganan los mismos.

6. Los riesgos de los demás.

La paradoja final es que el empresario que arriesga su patrimonio no arriesga su vida. El trabajador que pierde su empleo arriesga su casa, su salud y su futuro. El riesgo es asimétrico. Y el sistema está diseñado para socializar las pérdidas del empresario (rescates, subvenciones, ERTE) y privatizar las ganancias. La crisis de 2008 es el ejemplo paradigmático: los bancos fueron rescatados con dinero público, pero las familias no. Los desahucios se multiplicaron, el desempleo se disparó y la precariedad se instaló en el mercado laboral.

La patronal, que ahora se presenta como adalid del riesgo, fue la primera en pedir rescates y subvenciones cuando las cosas se torcieron. La hipocresía es total. El empresario que presume de arriesgar es el primero en pedir protección cuando el riesgo se materializa. El trabajador, en cambio, no tiene red de seguridad. Si pierde su empleo, se queda solo. Si enferma, no tiene baja. Si se jubila, cobra una pensión que no cubre el coste de la vida.

7. La vida sin el mito del riesgo.

La necesidad de desmontar el mito del riesgo empresarial no es un capricho ideológico, es una condición para construir una sociedad más justa, un sistema donde el riesgo sea compartido y las ganancias también, donde el mérito no sea una coartada para la herencia y donde el empresario que arriesga de verdad (la PYME, el autónomo) no sea confundido con el gran capital que vive de rentas y de subvenciones.

Las propuestas para lograrlo podrían ser:

- Eliminar las bonificaciones al impuesto de sucesiones para las grandes herencias y garantizar que la transmisión de patrimonio tribute como cualquier otra renta.
- Condicionar las ayudas públicas a la creación de empleo estable y de calidad, con auditorías y rendición de cuentas.
- Limitar la brecha salarial en las empresas que reciben fondos públicos, estableciendo un máximo de retribución para los directivos en proporción al salario medio.
- Reforzar los derechos laborales y la negociación colectiva, para que el riesgo de la actividad empresarial no recaiga exclusivamente sobre los trabajadores.
- Desmontar el relato del empresario heroico y recuperar la figura del trabajador como verdadero generador de riqueza.

La patronal española no es un ejemplo de riesgo, sino de privilegio. No es un motor de la economía, sino un parásito que vive del esfuerzo de los demás y de los recursos de todos. Y mientras sigamos creyendo en el mito del empresario heroico, seguiremos aceptando que los que menos arriesgan sean los que más ganan.

La hipocresía no es un defecto individual y desmontarla requiere algo más que buenas palabras, exige organización, presión y, sobre todo, dejar de creer en los cuentos que nos han contado.